



HISTORIA DE LIZ Y ZUMIKO: ELLA ERA LA ALEGRÍA DE MI VIDA

Me llamo Irma Lizbeth Ortega Higuera y nací el 3 de mayo de 1975, en Tijuana, Baja California. De pequeña me decían Zumiko, porque era el nombre que me querían poner por una telenovela que se pasaba entonces en Televisa y se llamaba “El pecado de Oyuki”, decían que me parecía a la protagonista. Ese fue el nombre que le puse a mi hija mayor: Zumiko Lizbeth Félix Ortega, quien desapareció el 9 de febrero de 2016. Ésta es mi historia y la historia de mi hija, a quien buscaré hasta encontrarla.

Como hija única crecí siempre muy pegada a mi madre, quien trabajaba en la taquilla de un cine allá en Tijuana, donde conoció a mi padre, que era el que recogía los boletos. Los dos tenían trabajo fijo, aunque también eran comerciantes, traían cosas de Estados Unidos para vender y se iban a Michoacán, de donde era originario mi padre, a comprar artesanía para vender en la frontera.

Él estaba casado y tenía otra familia, pero yo de niña no me daba cuenta de esto; mi madre me decía que se había ido de viaje por su trabajo y yo se lo creía. Fue hasta que tenía catorce años cuando un día, saliendo de la secundaria, lo vi pasar en su carro con otro joven, más o menos de mi edad; me le paré en la ventana y le hablé, y él me ignoró como si no me viera. Fue muy doloroso para mí, pues él siempre me hacía sentir que yo era muy importante en su vida, y darme cuenta que me negaba, que ocultaba su paternidad, me dolió mucho. Cuando lo confronté delante de mi madre, él negó que me hubiera visto. Era absurdo, yo me había parado enfrente de su cara y le había gritado, no había ninguna posibilidad de que hubiera pasado desapercibida.

Así empezó a desbaratarse el mundo en el que yo había crecido. Había tenido una infancia feliz; como hija única, mi mamá y mi papá me consentían mucho y me daban todo lo que les pedía. Pero conforme fui creciendo me fui dando cuenta de que mi papá no era sólo el hombre amoroso que me compraba regalos, sino que tenía una personalidad violenta. Esto causó muchos problemas entre ellos y terminó por separarlos.

Cuando cumplí los catorce años no aguanté más, ya había sucedido el incidente del carro y había muchos problemas entre mis padres. Mi madre decidió regresar a Los Mochis con su familia, yo entendía su decisión, pero al mismo tiempo toda mi vida estaba en Tijuana; había tenido mi primer novio y estaba muy entusiasmada con él, también tenía mi primer trabajo en un *car wash* y mi mamá me dejaba usar el dinero que ganaba en lo que yo quisiera, no me exigía que ayudara en los gastos de la casa. Así que era difícil pensar en dejar a mis amigos, mi novio, mi mundo, pero sabía que debía respetar la decisión de mi madre y regresé con ella a vivir a casa de los abuelos.

Mi papá se quedó en Tijuana, donde formó otra familia con la que tuvo cinco hijos, pero no los considero mis hermanos; no crecimos juntos y no hay ningún vínculo que nos una, sólo tengo comunicación con uno de ellos.

En la casa de mis abuelos todo cambió, pasé de tener mi cuarto sola en Tijuana, a dormir en la sala con un montón de gente. Había días en que éramos hasta veinte durmiendo en esa casa, porque eran mis abuelos, mi mamá, una hermana y un hermano de mi mamá, con sus siete hijos. Aparte, como la casita de los abuelos estaba en el centro de la ciudad, muchos tíos y primos llegaban y dormían ahí cuando no alcanzaban a tomar su camión. Era una casa colectiva, pero a pesar de que éramos tantos yo estaba mucho más tranquila que viviendo en el norte con los problemas con mi papá. Sin embargo, también estaba enojada con mi madre porque por ella tuve que dejar mi mundo, y en mi enojo decidí dejar de estudiar, como si la castigara a ella haciéndolo. A los meses de haber llegado a la casa de los abuelos me fui a vivir con un hermano de mi mamá y su familia. Eran puras mujeres y me llevaba muy bien con mis primas, así que mi mamá aceptó esta separación.

Ella trabajaba haciendo pasteles con una vecina y siguió comunicándose con mi papá. Se hablaban por teléfono y sé que ella lo seguía queriendo. Yo nunca más quise hablar con él, lo saqué de mi vida. Ahora pienso que no soy nadie para juzgarlo, que las personas cometen muchos errores, pero en aquel entonces estaba muy enojada con los dos por el dolor que me causaron. También porque ella no hizo ningún esfuerzo por que tuviéramos nuestro propio espacio, se acomodó a vivir con los abuelos y se quedó con ellos hasta su muerte.

Yo decía entonces que nunca me iba a casar, que nunca iba a tener un marido. Pero me duró muy poco esa convicción, porque cuando cumplí 15 años conocí a Miguel Félix, el padre de mis hijas. Él tenía 16 años y estaba haciendo la secundaria vespertina, y en la mañana trabajaba vendiendo paletas. Vivía enfrente de la casa de mis primas y nos hicimos amigos. Nos juntábamos con todos los jóvenes de la cuadra a platicar. Eran otros tiempos, la colonia donde vivíamos era muy tranquila y nosotros podíamos ir a tardeadas y regresar caminando sin ningún peligro. Primero nos hicimos muy amigos, y como mi tío lo conocía desde pequeño me dejaba ir con él a todos lados. Después me pidió que fuéramos novios y yo encontré en él un refugio ante todo lo que estaba viviendo. Nunca pensé que se fuera a convertir en mi compañero por el resto de mi vida. A él y a sus hermanos los había abandonado su mamá y desde muy chico tuvo que hacerse responsable; entre Miguel y su papá mantenían a su familia. Creo que por eso él también encontró en mí un apoyo.

Cuando cumplí 18 años me fui a vivir con él. Fue muy chistoso porque tomamos la decisión casi como un juego; fue una apuesta que le hicieron sus amigos: a que no me robaba una noche que iríamos a un baile, y nosotros decidimos engañarlos. La idea era que entraría a su casa en la noche y me saldría por la puerta de atrás para regresarme a la mía, pero los amigos se sentaron frente a las dos puertas y nunca pude salir. Esa noche no pasó nada entre nosotros, pero decidí que ya no quería regresar a mi casa. Estaba cansada de andar de una casa a otra y quería tener mi propio hogar. No lo pensé mucho, fue una decisión que tomé de repente y Miguel estaba feliz. Yo no sabía cocinar, así que su papá

nos siguió cocinando a los dos hasta que fui aprendiendo. Mi mamá me dejó de hablar, ella no quería a Miguel y pasó mucho tiempo antes de que lo aceptara.

A los pocos meses de vivir con Miguel salí embarazada de Zumiko. Nos habíamos cambiado de casa por unos pleitos que mi suegro tenía con sus hermanos. Así que nos fuimos a un fraccionamiento y rentamos una casa donde vivíamos con mi suegro y sus dos hijos con sus esposas. El embarazo fue de alto riesgo, y Miguel me cuidó mucho, estaba siempre pendiente de mí. Ya había cambiado de trabajo y les daba mantenimiento a maquinitas de juegos, así que nos empezó a ir mejor. Decidimos casarnos y celebramos con su familia en una comida muy sencilla en nuestra casa, yo tenía ocho meses de embarazo. El 10 de junio de 1994 la vida nos bendijo con una hermosa niña que se convirtió en la alegría de mi vida: Zumiko Lizbeth. Los dos estábamos encantados con nuestra hija, su nacimiento nos unió más y yo entonces sí me enamoré de Miguel, al ver lo buen padre que era y cómo le dedicaba tiempo a su hija. Zumiko fue una niña muy tranquila, siempre sonriendo, y se convirtió en el centro de nuestra vida. Los fines de semana nos íbamos al parque a pasearla, queríamos mostrarle el mundo, fueron años muy felices para nosotros.

Cuando Zumiko tenía tres años nos fuimos a vivir al Ejido Santa Alicia, a las afueras de Los Mochis. Miguel compró un solar y con ayuda de su papá construyeron la casa. En esos tiempos este fraccionamiento estaba muy aislado, no tenía agua ni luz eléctrica y uno tenía que pasar por las siembras cañeras para llegar. Yo al principio lloraba de pensar que nos íbamos a venir a vivir a un rancho, sin carro, sin teléfono, me quería morir. Esos fueron años difíciles, porque Miguel perdió su trabajo y se dedicó un tiempo a la albañilería, así que si salía alguna construcción había dinero y si no, pues no. Pero lo más duro para mí fue que una mujer que andaba detrás de él nos hizo brujería a todos. Nos puso unos muñequitos amarrados con cordón rojo debajo de las camas, y a él le revolvió su sangre menstrual con la comida. Fueron años bien duros, casi me separé de Miguel por su culpa. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, fuimos a hacernos una limpia y las cosas empeza-

ron a cambiar. Él consiguió trabajo en la Coca-Cola y dejó de buscar a esa mujer.

Cuando Zumiko tenía seis años, el 13 de abril de 2000, nació mi segunda hija, Liliana. Ella nació en el Seguro porque Miguel tenía derecho al IMSS como parte de sus prestaciones en la Coca-Cola. Zumiko estaba feliz desde que supo que tendría un hermanito, ella me pedía que le diera una hermanita para jugar con ella. Miguel es menos expresivo, es un poco seco, pero también estaba contento y me apoyó en las decisiones que tomé. Porque como también fue un embarazo difícil tuvieron que hacerme cesárea y perdí mucha sangre, él tuvo que darme sangre; ahí estaba, dejando que le sacaran sangre, aunque yo sabía que le daban mucho miedo las inyecciones. Decidí que no quería tener más hijos y que me haría la salpingoclasia, y aunque él quería tener dos o tres más, aceptó lo que yo quería y me apoyó.

Las dos niñas eran su vida, el tiempo que tenía libre lo pasaba con ellas. Me volví a enamorar mucho de él porque era tan buen padre. Pero como Liliana era la más pequeña, la sobreprotegía, y Zumiko sentía que su papá ya no la quería como antes. Yo le pedía que no hiciera diferencias entre ellas, pero empezamos a discutir por eso. También empezamos a tener tensiones por el dinero, porque él terminó la preparatoria abierta y fue ascendiendo en la Coca-Cola; ya no me decía cuánto ganaba, me medía el dinero para todo y no me dejaba administrarlo. Entonces decidí regresar a trabajar, para no estar dependiendo de él, y me metí a una tienda de ropa que se llama Almacenes García. Esta decisión empezó a crear una distancia entre nosotros, porque nos veíamos poco; yo regresaba a darles de comer a las niñas, pero él se hacía cargo de ellas en la tarde y yo volvía hasta la noche, cansada.

Hasta entonces mi vida habían sido sólo mis hijas y mi marido, y de repente empecé a descubrir otro mundo, a tener amigos, y él estaba cada vez más distante. El dinero se convirtió en un punto de mucha tensión entre nosotros y una noche, cuando le pregunté cuánto ganaba realmente, él reaccionó con mucho enojo y se puso violento. Me empujó contra el refrigerador y me golpeé la cabeza, fue horrible; por un segundo todos los recuerdos de mi padre y su violencia se me vinieron

a la mente. Zumiko vio todo y le gritaba a su padre que no me golpeará. Cuando me vio desmayada, él reaccionó arrepentido y me pidió perdón. Pero algo se había roto entre nosotros; yo le había dicho cuando decidimos casarnos que nunca me pondría una mano encima, que no toleraría la violencia como lo hizo mi madre. Se lo cumplí. Al día siguiente empaqué mis cosas y me fui con mis dos niñas a vivir a una vecindad cerca de una tía mía. Mi madre me apoyó en todo, y mi tía y mis primas me ayudaron a cuidar a las niñas. Miguel me rogaba que regresara, pero yo estaba decidida. Como forma de presión, él dejó de apoyarme con las niñas, así que tuve que hacerme cargo yo sola de todos los gastos. Su estrategia no funcionó, porque mientras más duro era conmigo, menos ganas tenía de regresar a vivir con él. Sin embargo, después de unos meses terminé cediendo y regresé.

Hubo un cambio después de esta separación, él me trataba mejor y se esforzaba por mostrarse cariñoso, aunque a veces los celos lo hacían mostrar su lado oscuro.

Las niñas estaban felices de haber regresado a su casa, con su papá y sus juguetes. Como ya no trabajaba, ellas estaban muy contentas de encontrarme en casa cuando regresaban de la escuela. Así que empezamos de nuevo, tratando de mejorar la relación; yo evitaba discutir con Miguel delante de ellas, no quería que sintieran un ambiente de tensión en la casa. Zumiko era muy apegada a mí, hacíamos todo juntas y podíamos compartir nuestros secretos, era mi cómplice.

En la secundaria era la líder del salón, pero no le gustaba estudiar, se ganaba a los maestros con su carácter y así iba sacando los cursos. Tenía un carácter que la hacía muy popular; un maestro me comentó que ella era “la dueña de la secundaria” y a mí me encantaba que la gente la quisiera tanto. Pero era rebelde, sobre todo con su papá; la tensión entre ellos seguía aumentando. Para sus quince años Miguel no quería hacerle fiesta y ella estaba muy sentida porque de nuevo lo interpretaba como que su papá no la quería lo suficiente. Sin embargo, al final Miguel cedió y entre todos le hicimos la fiesta.

Por su rebeldía era difícil ponerle reglas: se iba a fiestas, regresaba tarde sin avisar, y a los 15 años tenía un novio seis años mayor que ella.

Tal vez cometí el error de taparle muchas cosas para evitar problemas con su papá. Terminó primero de preparatoria y no quiso seguir estudiando, y no pudimos obligarla. Se metió a trabajar en un quiosco de un centro comercial donde vendían muñecos de peluche, pero tampoco tenía mucho entusiasmo por el trabajo. Ella soñaba con irse a vivir a Tijuana y encontrar a mi papá. Creo que le hablé tanto de mi vida en la frontera que ella se imaginaba viviendo allá. Como yo me había arrepentido de haber roto con mi padre, ella también quería encontrarlo y que pudiera reconciliarme con él. Ella sólo quería darme gusto, era la alegría de mi vida, con ella cerca se me olvidaban todos los problemas. Era pura risa, puro chiste, pura felicidad.

El novio de Topolobampo le quedó chiquito, ella aspiraba a algo mejor. Cuando tenía 16 años la invitaron a hacer un video de promoción para un grupo musical, era una canción que se llamaba “La Barquita” y salió en televisión, aún se puede ver en YouTube. Ella estaba encantada, se sentía soñada. Pero el novio se molestó por lo del video y a raíz de eso terminaron. Ella me lo contaba todo, éramos amigas. Empezó a salir mucho a fiestas, yo sólo le aconsejaba que no tomara y que si tomaba viera bien cuando abrían las botellas para que no le fueran a dar alguna droga.

Pero las cosas se me fueron de control y algunas noches ya no venía a dormir. Cerrábamos la puerta con llave para que no se saliera y ella se robaba las llaves y se iba. Liliana, su hermanita, se preocupaba mucho y lloraba cuando ella no llegaba. Miguel me dejaba a mí toda la responsabilidad; él no la confrontaba, sólo discutía conmigo y me exigía que le pusiera límites. Ya tenía 20 años y era muy difícil controlar su vida, llegaba a dormir cuando quería y empezó a tener malas amistades. Yo trataba de seguir siendo su amiga, pero no escuchaba mis consejos. Le decía que estaba siendo un mal ejemplo para su hermana, que la admiraba y la tenía en un pedestal; ella nos compraba regalos y consentía a su hermana, pero seguía haciendo lo que quería.

Entonces también empezó a viajar mucho a Tijuana, Monterrey, su carácter empezó a cambiar, estaba desvelada, cansada, de mal humor. Tenía mucho miedo de que algo le fuera a pasar, pero más miedo

me daba alejarla de mí si la confrontaba, prefería tenerla cerca y poder cuidarla en la medida en que podía hacerlo. Sabía que como estaban las cosas en Sinaloa ella estaba en riesgo y eso me angustiaba mucho. Hasta que un día no regresó más y me avisó que se había ido a vivir con Christian, un vecino que conocíamos desde que eran chicos y que era unos diez o quince años mayor que ella. La historia parecía repetirse, y yo le dejé de hablar, como mi madre cuando me fui con Miguel.

Él se la llevó a vivir con su mamá, en donde vivían sus otros hermanos con sus parejas. El hermano menor de Christian, Jean Paul, había estado preso y eso me preocupaba mucho.

Decidí perdonarla y reconciliarme con ella, para no perderla. Fui conociendo a Christian, y me consta que sí amaba mucho a mi hija. Finalmente la sacó de la casa de su mamá y se vinieron a vivir aquí cerca. Ella quería tener un hijo, pero no lograba salir embarazada. Estaba intentando embarazarse cuando detuvieron a Christian; estaban en una fiesta en un hotel y alguien llamó a la policía, llegaron los ministeriales y detuvieron a todos los que estaban en la fiesta.

Christian fue a dar a la cárcel y ella lo iba a visitar, seguía muy enamorada. Fue entonces que entró a trabajar a un casino y me tenía que levantar a las 2 de la mañana para ir a recoger cuando salía. Miguel se molestaba de que saliera a esas horas, pero no podía dejar que mi hija corriera riesgos.

Ella se empezó a poner muy mal emocionalmente, había regresado a vivir a la casa y dormía en un cuarto con mi mamá y con su hermanita, y una noche tuvo un ataque de pánico. Se levantó gritando, diciendo que había un hombre en la ventana vigilándola. Decía que tenía mucho miedo, que estaba parado en la ventana y quería meterse a la casa. Salimos, nos dieron las tres de la mañana y ahí estábamos afuera, vinieron las patrullas, vinieron los bomberos, salieron todos los vecinos de la cuadra, todos buscando al hombre y no había nada.

Finalmente se fueron todos y ella se vino a dormir con nosotros; la metimos a nuestra cama para tranquilizarla, la pusimos en medio de los dos y la abrazamos, pero ella estaba aterrada, empezó a decir que el hombre estaba metido en el closet. Ahí supimos que no estaba bien,

era como un ataque de paranoia; a mi pobre niña el miedo se le había metido en el cuerpo. Fue a los pocos meses de este incidente que ella desapareció, era como si hubiera sentido el peligro que la acechaba.

Su cuñado Jean Paul y ella se hicieron muy cercanos. Un día vino a buscarla para ir a comprar un regalo porque iba a ser el día de los enamorados y quería que ella le ayudara a elegir algo para su novia. Era el 9 de febrero de 2016, fue la última vez que la vi. A las pocas horas recibí una llamada de ella, me dijo que la policía los estaba siguiendo; su voz estaba agitada y yo podía escuchar a través del celular la sirena de una patrulla. Le pedí que me dijera por dónde estaba, ella me respondió que en El Estero, que estaría bien, que no me preocupara, me dijo que me amaba y luego colgó. Desapareció junto con su cuñado, fue como si la tierra se los hubiera tragado. No he dejado de buscarla desde entonces. Christian salió libre y se fue de Los Mochis, pero Reyna, su madre, también sigue buscando a Jean Paul. Ahora las dos nos hemos hecho muy amigas, somos hermanas en este dolor y hemos encontrado en Las Buscadoras a una familia. Buscamos a Zumiko, a Jean Paul, los buscamos a todos.

A LIZ Y A TODAS USTEDES
LAS MUJERES BUSCADORAS

Me he enterado de la gran labor que están efectuando y me da mucho orgullo saber lo que hacen, y más porque se trata de sus hijos, además, el unir fuerzas y corazones para buscar hasta encontrarlos.

Las felicito y rezo por ustedes, pues como madre de dos jóvenes, uno, el mayor, de 20 años y mi niña de 18 años, puedo imaginar el dolor que cargan en su alma. Sé el gran amor que sentimos por ellos, son todo para nosotras, son nuestro motor en la vida para seguir adelante.

Les envío un gran abrazo junto con muchas bendiciones para que sigan con esa bella obra de buscar con pico y pala en esos terrenos, escarbando y escarbando para encontrar el más valioso tesoro de una mujer, “sus hijos”.

Dios las bendiga a todas Las Rastreadoras y les dé fuerzas para seguir adelante.

¡Hasta encontrarlos!

Desde Atlacholoaya, Morelos,

MARICRUZ URIBE